

La poesía del español

El texto de las conferencias tiene un valor especial dentro de la tradición filosófica puesta en juego por el siglo que termina. El valor social como conversación trascendental de la conferencia filosófica demuestra ser ya decisivo dentro del pensamiento más elevado de la época, tanto por el hecho de ser un acontecimiento social motivado, autoconsciente, la reunión que convoca la lectura pública de un escrito, como por ser el contenido sintético y urgente de las proposiciones que representa filosofar hoy día.

En la conferencia filosófica moderna hay una lectura característica, una lectura especial, una lectura hecha ex-/profeso para pensar en común lo que debe ser pensado, y hay, por ello, un texto, una trama y dibujo de palabras, un objeto de comunicación también característico, marcado como huella intencional, diferente, un acontecimiento de escritura y pensamiento que desea ser puro pensar vivo, pensar que vive ilimitado, el discurso en sí de la conferencia, el texto de este discurso, su verdad interna.

Esta tensión abierta entre la circunstancia, el motivo, y el tema, la razón en sí, de las conferencias, las convierte en situaciones especiales del pensar. Los nombres, por ejemplo, de Martin Heidegger, Ludwig Wittgenstein, Bertrand Russell y John L. Austin, por un lado, y Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Samuel Ramos y Octavio Paz, por el otro, están perfectamente ligados por haber recurrido a la conferencia filosófica como forma de expresión propia, aun en los casos donde, por razones técnicas, están o estuvieron personalmente en contra de hacer filosofía.

De todo ello se puede deducir la importancia que adquiere el conjunto de conferencias *Pensamiento y poesía en la vida española*, que María Zambrano dictara en la Casa de España y de las que esta generosa Casa publicara la primera edición en el año de 1939.

El motivo, la situación histórica, es determinante. La guerra de España y la presencia sibilina de Zambrano en México; el hecho de que esté ahí, en la Casa de España, reflexionando sobre el sentido esencial de España, vuelve este grupo de proposiciones un sitio sin igual para pensar el fondo del tiempo, la razón de ser.

De hecho, por explicarlas de modo didáctico, son tres proposiciones básicas:

1) *Razón, poesía, historia*. España es y no es Occidente; por serlo está en guerra, pero "por no serlo" habrá de trascender la guerra.

Esta guerra, la que rodea las conferencias, no habrá de matar a España sino que la enviará al exilio eterno, para aprender a pensar su "no ser Occidente" que le deja estar allá, en el cumplimiento final de la historia humana. Donde España deja de ser un territorio geográfico y político, para devenir esto que ahora nos comunica, el idioma español, nuestra lengua materna.

Porque España no es Occidente: no cuenta con grandes sistemas filosóficos y se puede notar que la vida española decayó con el advenimiento del modo de producción capitalista.

Ante la filosofía, digamos, institucional, el español ha sido muy pobre; y eso, dialécticamente, genera una riqueza. Ese "no" de lo español en Occidente. La voluntad española, "capaz de arriar gatos entre lomas" como me decía Otaola.

Indócil a ejercitarse en la violencia, la española es una voluntad salvaje, sin sistema, que engendra el pensamiento espontáneo pero con plan, la voluntad que elige otros senderos a los de la mera lógica para imponerse. El realismo español, un acontecimiento supre-

mo, por ser rebelde, y que funciona como origen de una forma de conocimiento supremo. Esa que expresamente María Zambrano ejerce libre y bellamente ahí, única y para siempre, ante el público de la Casa de España, al reflexionar sobre el pensamiento y la poesía del español. Una voluntad que tiene por objetivo, es decir, por fin decisivo, llegar a pensar la unidad materialista del cosmos, tener un conocimiento "poético", instantáneo, del Todo.

Ante la guerra, que no "en guerra", España está dividida en dos. Una, la inmediata, la que precisamente está en guerra, en su momento revolucionario hizo a España diferente de Occidente, dice Zambrano, y muere en y con la guerra civil, muere por el peso de Occidente, y así termina para siempre; esta España contagiada de soberbia capitalista ganará la guerra civil, y digamos que ese será su castigo final, pues, como el Cid, gobernará y vencerá batallas sobre vivos tiempo después de muerta.

Y después de muerta reordenará o arreglará su muerte, con la bendición de la iglesia sin Dios, en el cuerpo mortalmente ridículo y santoleado del generalísimo Franco. Así, la otra España, la perdedora de la guerra, la que salió al exilio eterno en 1939, al quedar sin tierra y fuera del tiempo, y

porque la otra España, la de la soberbia occidental, al morir desaparece, deviene para siempre anhelo del Ser, un acontecimiento trascendental.

En verdad, la guerra de España fue la muerte de Occidente, el fin de su razón lógica, y la segunda guerra mundial y nuestras guerras posteriores son sus horribles convulsiones postmórtem. Pero el espíritu del español, algo afuera de la guerra, algo verdaderamente fundamental para la cultura del planeta, demanda también algo que como él está afuera de la historia, la "insobornable identidad", en "la máxima medida del hombre", en la "plenitud" que el hombre adquiere en su "desnudez". La libertad que nos confiere la identidad en la justicia, el sueño supremo del deseo humano, abandonar el reino cruel donde lo humano es un factor de mercado.

2) *La cuestión del estoicismo español.* Un pueblo sin grandes sistemas filosóficos es un pueblo de muchos filósofos populares, por tanto, el pueblo productor de una ética directa, nada lógica, nada occidental, pero sí muy viva, muy eficaz, puesta siempre en situación, o sea, resolviéndose en el momento mismo y sin intermediaciones, sin continuidad "legal" de principio, siempre dependiente de la realidad.

Por eso, al despertar de nuevo al pensar, cuando suena la medianoche de Occidente, estalló primero como violencia guerrera en contra de sí, para que, después del derrumbe de Occidente en Hiroshima, al meditar su ciega violencia inicial fuera capaz de relizar el olvido de la violencia misma e impulsar las cenizas de la historia hacia Utopía, la obra de arte más perfecta que cabe: el establecimiento de una verdadera libertad política.

Y es de ahí desde donde brota en tanto síntesis del pensar el materialismo realista del español, que deja filosofar por el empuje directo del idioma, afuera de la institución académica, afuera de los profesores y los libros, en medio de los caminos, en las mesas de los cafés, en los sillones de las peluquerías, en las sobremesas familiares, en los funerales, en la plaza y el mercado; la voluntad de ser sabio como lo demanda uno mismo, ahora; algo que, según Heráclito, significa saber conducir todo adentro y afuera de uno hacia la unidad, hacia el triunfo racional de la no violencia.

Aunque también esta filosofía sin sistema fue la que condujo a la guerra civil, a la gran discusión donde se optó por ganar a la fuerza. Entonces de ese materialismo brotan tres opciones: el quietismo del místico, el voluntarismo del inquisidor y el revolucionario, y el "suicidio" del estoico.

El misticismo nos muestra la meta de todo, el goce voluptuoso de Utopía, el punto más alto, en donde despierta el fénix, una conciencia (familiar, civil, estatal) donde la voluntad personal queda identificada con la voluntad universal donde está para siempre situada en contexto. La meta es diseminarse en el Todo.

Los modelos son san Juan de la Cruz y santa Teresa de Avila, vivir a la altura de la fe, rebasando con amor las trampas de la fe: identificación total del alma con Dios. Algo "imposible", que ahora debe ser ejercitado como alejamiento de Dios, como materialismo escéptico, sin religión, sin templo, sin sacerdotes; pero también, y esto es muy importante, sin "materia".

Por ello mismo el voluntarismo constituye la contraparte absoluta del misticismo español, el voluntarismo es el sitio donde se niega de hecho la quietud (al menos "cuerta") del místico, el voluntarismo es el sitio donde todo es actividad y todo lo pierde la actividad misma. El ejemplo son san Ignacio de Loyola y la orden "primero matan y luego averiguan".

El hacer sin pensar porque se hace pensando después del golpe, el hacer disfrazado de pensamiento, la ceguera fanática, el hacer por hacer y hacer para nada, un hacer improductivo pero terrible que di-

ferencia al catolicismo del protestantismo. Algo que ahora debe convertirse también en su autonegación suprema: la guerrilla interior, la transformación personal de la conciencia. Algo que ahora debe relevarse con la acción reflexiva sin límite, para dejar de perderse sin más en la voluntad inconsciente del voluntarismo irreflexivo.

Y del punto donde se niegan, por un lado, el místico, y del otro lado el voluntarista, emerge, en apariencia pesimista y escéptico, muy escéptico, el "estoicismo español". Una actitud racional ante la muerte, una medida para la vida dictada desde la muerte. Un suicidio técnico, razonable, sin muerte, en esta vida. Por eso, una ética salvaje, que todo lo mide por el verdadero fin; ese fin sin fines que no justifica ningún medio, ese fin que es el resultado último de los medios para el hombre: la muerte, siempre la muerte y sólo la muerte.

Porque el hombre descubre en sus silencios que su hermoso lenguaje se le agosta en el minuto mismo del quebranto. . .

La manifestación inicialmente sublime del estoicismo español ha sido de carácter culto. Un suicidio existencialista ya antes de Unamuno y el existencialismo. Un suicidio técnico por intelectual: si todo ha de ser muerte, mejor pensarse muerto. Va de Séneca a Miguel de

Unamuno y el dandysmo sin fin de Ortega y Gasset, pasando por un fragmento crucial de las coplas de Jorge Manrique, "la muerte callada".

El estoicismo así es la "actitud" del hombre que vive una crisis histórica y no llega jamás a transformarla en revolución. Renuncia a la vida personal, todo lo entrega a la idea de la muerte, como el místico, como el voluntarista, pero sin experiencia interior, sin tierra prometida. Todo se desvanece... Para volver razonable la finitud, el rudo sufrimiento del ser finito que es cada quien para sí mismo.

¿Es que puede un pueblo entero ser escéptico?

Estoicismo y cristianismo se disputan el alma del español, su pensamiento. En este drama, que es el verdadero drama de España, no podemos entrar ahora. Quizá nos abrasáramos.

3) *El querer*. La voluntad española, esa fuerza capaz de arriar gatos, que por un lado deja ocurrir al místico y por otro al voluntarista, pero que resulta decisiva porque los sintetiza y trasciende, es decir, porque los explica y releva dentro de un estado de existencia último, el del escéptico actual, nihilista.

Ese estado que Nietzsche llama del "último hombre", y que desde la teoría feminista radical podemos considerar de "resolución de la diferencia genérica". Algo to-

avía por llegar a ser plenamente cierto en realidad, es decir, plenamente cierto como forma de regular nuestro estar ahí, en el principio de la realidad.

Un "querer" comunicado por la novela española, donde Zambrano plantea como Escila y Caribdis a Benito Pérez Galdós y Ramón Gómez de la Serna; y como remate trascendental la escritura de Azorín: "...pertenece al linaje de los grandes enamorados de España, está en la línea del amor desasido, sin mezcla de deseo alguno".

Azorín conduce a, funciona como umbral para acceder a una "mística de España". Una mística con una experiencia interior única, precisamente el trago amargo de la guerra civil. Algo que ya ha sido y nunca volverá a ser, "una España que poseemos sin dolor y conservamos sin esperanza".

Entonces, para nosotros, ahora, a fines del milenio, más de cincuenta años después de pronunciadas estas conferencias, la continuidad de esa España que acabó con el absurdo (pero necesario dice Hegel) triunfo de Franco, que ganó porque murió en una camita de hospital, ocurre a través de su poesía, que es el sitio donde nos comunicamos. Esta presencia manifiesta de nuestra lengua materna como impulso libertario... "La palabra es

la luz de la sangre... mientras exista poesía, existirá España."

Salvador Mendiola

María Zambrano, *Pensamiento y poesía en la vida española*, El Colegio de México, México, 1991, segunda edición, 124 pp.